

Estoy conduciendo nuestro nuevo Renault Trafic negro por la autovía Valencia-Madrid. Hemos salido de nuestro pueblo costero y vamos hacia el pueblo manchego de mis suegros. Es la primera vez que cojo el coche para un gran trayecto. Con la velocidad, siento el poder de la máquina a través del volante. Estoy tranquila y relajada a pesar de tener entre mis manos la responsabilidad de llevar a buen puerto ocho vidas. Quizás sea porque siete de estas ocho vidas se han quedado por fin dormidas. ¡Qué paz!

Los niños y el abuelo duermen. Menos mal, no soportaba ya su conversación, si así se puede llamar aquel intercambio de frases:

—Mamá, tengo hambre.

Y el abuelo contesta: —Chicos, *estaos* quietos.

—Mamá, Maël pone el brazo en mi silla.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamaaaa, jopeeeee, dile que pare.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamá, pipí.

—Chicos, *estaos* quietos.

—¡Mamá, mira, un camión de cerdos!

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamá, puah, huele maaal.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamá, Médéric ha sacado la lengua al señor del camión.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamá, me pica el culo.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Jaaa, jaaa, a Yannis le pica el cuuulooo.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Mamaaaa, no paraaaaa.

—Chicos, *estaos* quietos.

—Papá, ¿falta mucho? —El lector avisado habrá notado el cambio de mamá a papá. En efecto, bien se sabe que los niños siempre recurren a sus madres para cualquier necesidad básica, pero el padre hace falta cuando se trata de obtener información fiable.

—Chicos, *estaos* quietos...

Allí estamos mi marido y yo, aguantando este partido de tenis verbal entre tres niños y un abuelo, y destrozando con las uñas los reposa-codos de nuestros asientos en un intento por controlar nuestros nervios. Por fin, después de dos horas de viaje, el ronroneo del motor ha ganado la partida y uno a uno han caído.

Primero es el abuelo. Ha agachado la cabeza e incrustado la barbilla en el torso, quedando así en posición fija y estable frente a cualquier curva de la

carretera. Por el retrovisor sólo veo los cuadros de la parte superior de su gorra de felpa y dos orejas peludas que asoman.

Los niños, de forma más anárquica, están tirados como muñecos de trapo en sus asientos. Sus bocas entreabiertas dejan escapar, o bien un hilito de baba, o bien unas burbujitas de saliva.

El bebé también duerme, lo cual me alivia bastante teniendo en cuenta que con un bebé sólo caben tres opciones:

Opción a: come.

Opción b: duerme.

Opción c: llora.

La opción a se podría descartar puesto que es prácticamente imposible dar el pecho y conducir a la vez, todo ello respetando las directrices de seguridad de la Dirección General de Tráfico referentes al uso del cinturón de seguridad y de los asientos homologados para bebés.

Aunque, pensándolo bien, creo que se podría idear un sistema de bolsa, tipo airbag, donde iría colocado el bebé y que estaría colgado del techo del coche con un muelle idéntico a los de aquellas lámparas de techo que suben y bajan a voluntad, permitiendo así subir y bajar al bebé a la altura del pezón de su madre mientras ésta conduce. Esta bolsa, en caso de choque o accidente, subiría automáticamente al techo dejando al bebé encerrado. Para que el lector lo entienda mejor, podemos decir que tendría una cierta similitud con un capullo de oruga. El bebé estaría así protegido de quedar aplastado por el cuerpo de su madre con las posibles secuelas que de ello derivarían.

Bueno, la idea ya está lanzada, ahora sólo queda esperar que algún inventor lea este libro.

Dicho lo cual y volviendo a mi viaje, me alegro mucho de que el bebé, muy amablemente, haya elegido la opción b, puesto que, si ya de por sí es muy difícil soportar los lloros de un recién nacido, qué decir cuando se está encerrado en nueve metros cúbicos que van a ciento cincuenta kilómetros por hora.

La pobrecita abuela también se ha rendido al sueño. Por fin ha dejado de sufrir y descansa en paz. Desde el primer momento en que arranca el coche, ella es la viva imagen de una película catastrófica de *crash* aéreo *made in U.S.A.* Mi suegra habría podido tener un papel en la penúltima escena de la película *Aquella escena*, donde la simpática azafata está al mando del avión a punto de estrellarse, guiada desde la torre de control por su ex pareja, un ex ingeniero aeronaval impresionante, el único capaz de salvar la situación y al cual llevan buscando durante los primeros noventa minutos de la película porque desde su ruptura con dicha azafata va vagabundeando completamente borracho por las calles de Nueva York. No hablo de la azafata rubia de belleza fría y con pechos grandes, ni tampoco del camarero de avión homosexual de sonrisa prepotente. No, hablo de la azafata delgadita, poca cosa pero con carita mona llena de pecas, ésa que acaricia la cabeza de un niño rubio cuando

va por el pasillo, o que reconforta con una palabra amable a la anciana asustada, la misma que entra en la cabina para ofrecer un café a los pilotos y que se los encuentra desmayados, con las caras llenas de pústulas rojas, quizás por un virus contraído en su último viaje. Sí, esa azafata, ésa, ésa. Ahora está sentada en el asiento del piloto y tira de la palanca con todas sus fuerzas para que no se estrelle contra la ladera de una montaña el Boeing 747 con 352 personas a bordo, entre las cuales está un equipo entero de jugadores de béisbol, una embarazada de por lo menos nueve meses y medio, un preso muy peligroso custodiado por dos policías cachas comiendo chicles, tres terroristas rusos o iraquíes según la época de la película y un médico que no se separa de su maletín refrigerado dentro del cual lleva el corazón de un donante para el trasplante urgente de un niño de cinco años, huérfano, pero muy querido por todo el personal del hospital donde está ingresado. En fin, los pasajeros que se suelen encontrar habitualmente en cualquier avión.

En la cabina, sacudida por la velocidad extrema del aeroplano en caída libre, parpadean las luces rojas de emergencia de todos los aparatos y reina un ruido infernal. El mismo ruido que hace mi viejo aspirador cuando lo pongo a potencia máxima para aspirar la suciedad de la moqueta. Mientras tanto, en el resto del avión, la azafata rubia y de generoso escote se ha desmayado, el camarero llora acurrucado al lado del carrito de las comidas, la gente grita, un bebé llora, la embarazada se ha puesto de parto...

Allí en medio de la histeria colectiva, hay una monja que está sentada en su asiento. Es la única persona que no lleva el chaleco salvavidas y que no está peleándose con la mascarilla amarilla del oxígeno que cuelga encima de su cabeza. Los ojos cerrados, un rosario entre las manos, se puede adivinar que reza por el continuo movimiento de sus labios. ¡Ésta! Ésta será mi suegra.

Así está la madre de mi marido desde que ha arrancado el coche, pero con mucho menos sosiego que aquella monja. Con los ojos apretados y la velocidad del movimiento de sus labios proporcional a la velocidad del coche, calculo que a ciento cincuenta kilómetros por hora, tardará aproximadamente unos diez segundos en rezar un padre nuestro. Menos mal que se ha dormido. Estaba a punto de salir humo de la fricción del rosario pasando por sus dedos.

Apunte: acordarse para el próximo viaje de llevar un extintor.

Después del cambio de conductor, a la salida de Valencia, mi marido ha inclinado el asiento del copiloto y ha colocado su antifaz de satén, rosa palo, encima de los ojos. No vayan a pensar que mi marido tiene gustos raros, al contrario, es más bien clásico. Lo más que se atrevería a hacer es combinar unos vaqueros *beige* con una camisa gris. Aunque, pensándolo bien, esto no es ser atrevido, sino tener mal gusto.

Hace unos meses, teníamos una tienda de cosmética y complementos de belleza. En este templo, exclusivamente dedicado a la mujer, no podían faltar, por supuesto, los antifaces de satén rosa para dormir. El día de la liquidación, nos negamos en redondo a venderlos por menos de un euro unidad. ¡Por favor! ¡No somos chinos!

¿Resultado? Pues que tenemos antifaces rosas por todas partes, en los dos coches, en las mesitas de noche, en el camión que tiene mi marido para trabajar y en un armario, por si tenemos que hacer algún que otro regalo.

Supongo que mi marido también duerme, o por lo menos intenta recobrar fuerzas para cuando le vuelva a tocar conducir de nuevo. Sólo quedo yo despierta (menos mal, teniendo en cuenta que conduzco). Disfruto de esta sensación muy agradable de falsa soledad y de la carretera inundada de sol.

De repente, a lo lejos, vislumbro a una silueta humana que sale del andén hacia la carretera agitando los brazos, en señal de auxilio. Todo mi cuerpo se tensa y mi cerebro se pone en alerta. Soy consciente de que algo grave pasa, que tengo que reaccionar y que tengo muy poco tiempo para tomar la decisión acertada ya que me acerco muy rápidamente a la silueta. Pongo el intermitente y me coloco en el carril de la izquierda pero la silueta se adentra cada vez más en la autovía. A lo mejor no voy a poder esquivarlo y se me pone delante del vehículo. ¡Este hombre está loco! ¡Se va a matar! Tendré que parar a ver lo que quiere. ¿Y si es peligroso? Entre mi marido, el abuelo y yo creo que le podremos reducir si intenta atracarnos. Sigo en el carril de la izquierda y no he aminorado todavía la velocidad. Una mirada rápida al andén y veo una moto. Debe de tener una avería. Estoy cabreada. Eso no son maneras de hacer parar a los otros conductores. Debo tomar una decisión ¡Ya! Estoy sólo a unos cincuenta metros. No sé qué hacer. Despierto a mi marido.

— ¡Ángel! Mira a éste.

Se incorpora colocándose rápidamente el antifaz en la frente y grita:

— ¡Paraaaa! ¡Es la Guardia Civil!

Me entra una sensación de aflojamiento, como si mi cuerpo en tensión haya acabado de romperse, que me deja en estado catatónico. A pesar de la taquicardia y de los sudores fríos no me desmayo y consigo detener el coche. En estado de *shock*, aparco en el lateral de la autovía y a una distancia prudencial del guardia civil. Éste se acerca tranquilamente al coche sin sospechar que ha estado a punto de ser aplastado como un perro, con el pellejo planchado y sus vísceras extendidas al lado. No me atrevo a mirarle por si consigo leer en mis ojos que cinco segundos antes estaba pensando si esquivarle por la izquierda o por la derecha.

Después del primer momento de conmoción, me entra una rabia y unas ganas de bajar del coche para sacudirle. Quisiera poder gritar y soltar la tensión acumulada.

¡Por qué narices no van vestidos de rojo en vez de este verde camuflaje! Como los semáforos, si están verdes uno sigue y le pillan con el radar; si están rojos, se para, como en mi caso. Seguro que así evitarían unas cuantas viudas. ¡No se dan cuenta de que se juegan el tipo!

¿Y a mi qué?

Por su culpa he estado a punto de convertirme en homicida. ¡Dios mío! Me habrían metido en la cárcel, me habrían quitado a mis hijos, mi marido me habría dejado, la gente me miraría mal... Bueno, esto último ya lo hacen. Piensan que soy rumana. ¡Pues no! Con mucho orgullo y mucha honra, grito bien fuerte que vengo de *La France*. Y de la misma manera que cada vez que un agricultor francés vuelca un camión de fresas en el paso fronterizo de la Jonquera, siempre hay algún español que se coloca frente a mí en posición de

interventor de Renfe, con los brazos cruzados en el pecho y una mirada llena de reproches y me pregunta:

— ¿Qué?... ¿Te parece bonito?—Cuando lo más parecido a huerta que tengo es una maceta de perejil en el balcón.

Pues por la misma regla de tres, si soy responsable de las fresas volcadas, también puedo decir que gracias a mí existe el bidé y a lo mejor también el concurso de Eurovisión.

—Buenas tardes señora, control rutinario de documentación—Me dice a modo de saludo el serio guardia civil.

—De rutinario nada—pienso—si no ¿por qué no paras a nadie más que a mí? Nuestra furgoneta negra no se parece en nada a un coche de etarras, que suele ser más común, y tampoco es una vieja furgoneta blanca que lleva escrito "Jesucristo es mi Salvador". Como mucho, se parecería a la del Equipo A, pero hasta de muy lejos el guardia civil habría tenido que ver que no me parezco en nada a Míster T, más que nada porque no soy negra. Lo del bigote y del exceso de peso aún podría dar lugar a duda. ¡Oye! Que no le haya visto yo a él, no significa que él no me haya visto. Él me buscaba a mí. Yo, por el contrario, cuando conduzco no suelo buscar personas vestidas de verde entre los matorrales verdes de los lados verdes de la carretera. Además, él no tenía el sol de frente como yo.

Entonces ¿por qué me paran a mí? Por supuesto todo esto me lo guardo para mí porque mi vocecilla interior me dice: "ahora no, no hables, te lo ruego, por favor no hables".

La gente que me conoce sabe que siempre hablo. Hablo cuando me visto, cuando trabajo, cuando miro la tele (ya lo sé, molesta mucho, si no que se lo pregunten a mi marido), hablo cuando como e incluso a veces cuando duermo. De hecho, si hubiera sido hombre, hubiera pasado mis días echada en la cama hasta morirme de inanición. No es culpa suya, ipobres! de que no puedan hacer dos cosas a la vez. Es simplemente que su cerebro no tiene esta capacidad como las mujeres.

—¿Me puede facilitar los papeles del vehículo, por favor?

— ¿Los papeles? ¿Quiere mi carné de conducir?

—Mujer, si sólo te ha pedido los papeles del coche. — Interviene al lado mi marido que sigue la conversación con su antifaz rosa todavía en la frente.

Por supuesto, el guardia civil no desaprovecha la oportunidad que yo le brindo.

—Pues sí, deme también su carné de conducir.

Le entrego dócilmente toda la documentación cuando, de repente, mis nervios junto con mi naturaleza francesa producen en mi cabeza una especie de cortocircuito. Me siento obligada a justificar al guardia civil el hecho de que tengo un apellido diferente al de mi marido, cosa muy normal en España, pero incomprensible en Francia, donde, por costumbre, la mujer, al casarse, adopta el apellido de su esposo.

—Verás, mi carné está a mi nombre, claro, y no es el nombre que está en los papeles del coche porque el coche es de mi marido y yo tengo otro nombre diferente al nombre de mi marido...

De no ser interrumpida por mi hijo mayor, creo que todavía estaría explicando al paciente agente por qué yo tengo un apellido y mi marido el suyo.

—No, mamá, el coche no es de papá — ¡Adiós! Ya está, es el fin — pienso. Por enésima vez se vuelve a contraer mi cuerpo entero, y cuando digo entero me refiero a todos los músculos sin excepción, también los internos.

—Es de los dos—puntualiza mi hijo—porque lo habéis pagado con el dinero de los dos.

—Es verdad cariño, tienes razón—añado con una risita nerviosa. Vuelvo a relajarme un poco. Mis esfínteres nunca han hecho tantos ejercicios en tan poco tiempo.

Al escuchar a mi hijo, el guardia civil echa un vistazo en el interior del coche y por primera vez sonrío.

—Una gran familia—dice.

—Sí, somos familia numerosa—contesto. Es superior a mí, nunca puedo contestar sí o no, o simplemente callarme. Si de por sí hablo mucho, cuando estoy nerviosa más aún.

En el interior del coche mis hijos no pierden detalle de todo de lo que está ocurriendo. Estiran el cuello para poder ver por encima de los reposacabezas y abren los ojos como platos. De no haber sido porque tienen todos los ojos azules, me recuerdan a los documentales de la Dos, cuando la cámara alumbra por la noche un nido de mochuelos.

El abuelo, traumatizado desde la época de Franco, está sentado recto, con la vista al frente. No hablar, no mirar, no parpadear y, si se puede, no respirar, que está aquí la Benemérita. La abuela, igual que el abuelo, tiene la vista al frente pero con la única diferencia de que se mueven los labios: *Padre Nuestro...he aquí la hora de nuestra muerte...pecadores...ten piedad...Amén.*

Sin mirarle, imagino que Ángel también está muy nervioso. Le temblaban las manos cuando me ha entregado la documentación del coche. Normalmente suele adivinar la presencia de los guardias civiles bastante tiempo antes de que podamos verlos. Esta vez, su instinto le ha fallado. Supongo que por las interferencias del antifaz. Desde aquel incidente que tuvo antes de conocerme, tiene pánico a la guardia civil.

Cuando era joven, solía irse de vacaciones solo por el Pirineo. Con su tienda de campaña, su saco de dormir, su hornillo y la ropa justa metida en su Citroën GS Palace de color marrón caca, hacía acampada libre por los montes.

Un día, en la zona del País Vasco, una patrulla de la guardia civil se cruzó en su camino. Le hicieron bajar del coche e introdujeron en su automóvil un perro pastor alemán, de esos muy flacos y con muchos dientes.

—Busca Rex, busca, busca.

No se sabía lo que tenía que buscar Rex, la cuestión es que olisqueaba como un desesperado el suelo del vehículo. Cuando el guardia civil se dio cuenta de que Rex se estaba volviendo loco por las migas de perrunillas y galletas caseras esparcidas por todo el coche, se cogió tal cabreo que ordenó a Ángel vaciar completamente su Citroën.

En defensa del perro, diré que, si la gente de Madrid se vuelve loca por

las perrunillas, los chalecos, sin contar las famosas pastas de la Paula del pueblo de mi marido, entonces qué decir de un pobre animal que no cata nada más que sus doscientos gramos de pienso seco diario.

En aquella época, con su barba negra y la debida dejadez por falta de aseo y de colonia, después de pasar unas semanas en el bosque pirenaico, Ángel hubiera asustado a cualquiera. Ahora ya no tiene barba, y la papada conseguida por la vida conyugal, le suaviza bastante las facciones. Además, cuando vas acompañado de dos abuelos, una mujer y cuatro niños, se pierde bastante credibilidad como terrorista. Si a eso añadimos el antifaz rosa...mejor me callo.

—Veo que el coche es nuevo ¿no?— pregunta el guardia civil al ver la hoja provisional de carta gris.

—Sí, eh... no exactamente, es de kilómetro cero... bueno no, realmente tampoco lo es, verás, lo hemos comprado hace poco a un chico que trabaja en un concesionario, en Madrid, porque el hermano de mi marido vive allí... es él que encontró el coche...

Mi marido en aquel momento quisiera poder desaparecer (me lo contaría después). Y el otro guardia civil, que desde el principio ha seguido la escena sin intervenir, pone cara de "pobre hombre, qué cruz de mujer". Esto también me lo contará mi marido después, porque personalmente yo estoy con la vista nublada y totalmente concentrada en la siguiente pregunta que me puedan hacer, como un concursante de Pasapalabra.

Pero no me preguntan nada más. Creo que no se atreven, por miedo a pasar allí toda la tarde. ¡Cómo explicar después a sus jefes que en cuatro horas de servicio revisasen sólo la documentación de un coche! Eso sí, el coche de una mujer chiflada.

—Bueno, bueno, está bien, ya puede circular—concluye el guardia civil.

Menos mal que me dejan ir. En el estado de nervios en el que me encuentro, estoy a punto de confesarle todo: que a los doce años robé un paquete de caramelos Werther's Original (pequeño) en la tienda de mi barrio, que, cada vez que tengo gases en la cama, sacudo las sábanas para que le vaya el olor a mi marido y que, la última vez que compré un bikini en el Carrefour, intercambié el sujetador de la talla cuarenta y cuatro por uno de la cuarenta y ocho. Aprovecho la ocasión para pedirle disculpa a la señora que se llevo el bikini de la talla cuarenta y ocho y que se encontró con un sujetador que le tapaba sólo los pezones. Perdón, perdón, perdón, he sido yo.

En fin, acabo de tener el primer altercado de mi vida con la Guardia Civil— pienso— pero, a pesar de estar los unos y los otros un poco nerviosos por el incidente, y de tener que volver a soportar las peleas de los niños, los gruñidos del abuelo, los gritos del bebé y el estrés de la abuela, estamos todos sanos y salvos. Los miro por el retrovisor y sonrío. Tengo ganas abrazarlos y decirles —Ya está, tranquilos, ya ha pasado todo. ¡Cómo los quiero!

Me llama la atención lo extraño de la situación. ¡Cuánto camino he recogido desde que vine por primera vez a España! Fui una de estas tantas guiris que venían a tomar el sol y en esos momentos me encuentro en un coche con unos abuelos manchegos, cuatro niños de ojos azules y, sin lugar a duda, el hombre de mi vida. Ellos ahora son mi familia y lo que más quiero en este mundo. ¡Cuántas vueltas da la vida!
Pero empecemos por el principio...